

## Bolívar y Bello: armas y letras fundadoras

Álvaro Pineda Botero

### Resumen

El autor a lo largo del texto, expresa su admiración por la figura del Libertador, quien le inspiró la novela *El insondable*. Señala que la historia siempre ha provisto espacios para crear la imagen que mejor conviene: hay un Bolívar para cada generación. También, a través del ensayo, manifiesta su reconocimiento por Andrés Bello, complemento en el ideal de las armas y las letras.

### Abstract

Through the text, the author shows his admiration towards the Libertador, who inspired his novel, *El Insondable*. He points out that History has always provided space to create the most suitable image: each generation has a Bolivar. Also, through his essay, he expresses his gratitude towards Andres Bello, as ideal counterpart to struggle and intellectual positions.

### Resumo

O autor ao longo do texto, expressa sua admiração pela figura do Libertador, que inspirou o romance *El insondable*. Mostra que a história sempre gerou espaços para criar a imagem mais conveniente: há um Bolívar para cada geração. Manifesta também, através do ensaio, seu reconhecimento a Andrés Bello, complemento no ideal das armas e das letras.

### Palabras clave

Andrés Bello  
Simón Bolívar  
América  
Héroe - Sabio

### Keywords

Andres Bello  
Simon Bolivar  
America  
Heroe – wiseman

## **Palavras chave**

Andrés Bello  
Simón Bolívar  
América  
Herói – Sábio

## **Introducción**

Los nombres de Simón Bolívar y Andrés Bello son para los pueblos de América los más vivos símbolos de fraternidad. Evocan el origen común de nuestras naciones, el anhelo de dignidad, las luchas por la liberación y la justicia, la conformación geográfica y espiritual y la fuente de sabiduría de las instituciones. Nos renuevan el interés por forjar identidades nacionales y por conocer las culturas de nuestro continente. Estos dos genios —el héroe y el sabio— encendieron sobre el territorio patrio la antorcha de la libertad. Al paso que Bolívar nos alcanzaba la independencia política, Bello nos ponía en el camino de la madurez intelectual. Ellos son los más altos exponentes de esa generación de próceres venezolanos no igualada por ningún otro país de América.

En este texto me propongo expresar mi devoción por la figura del Libertador, quien me inspiró la novela *El insondable*, y, también, mi devoción y reconocimiento por la de Bello, complemento sin par en el ideal de las armas y las letras que subyace en todo gran pueblo de Occidente.

## **El mito de Bolívar**

El Libertador pasó a la gloria cuando aún estaba vivo. En un ambiente en el que no existían medios de difusión masiva como los que hoy conocemos, muchas noticias se difundían magnificadas y en forma oral. En lo privado, las gentes decían que podía dormir cuando cabalgaba, atravesar a nado los ríos más caudalosos, saltar un caballo desde el anca hasta las orejas, dictar diez o doce cartas a igual número de amanuenses. En lo público, creció su fama como estratega militar, mandatario y estadista. Era capaz de ganar la adhesión tanto del pueblo como de sus dirigentes. Era convincente en el discurso, agudo en el análisis, acertado en las decisiones, generoso sin límite y fiero con los enemigos.

Los pintores estilizaron su imagen borrando los rasgos mestizos de su semblante. Los poetas lo compararon con los héroes griegos y romanos. Luego vinieron novelistas, biógrafos, ensayistas e historiadores y el mito creció por encima de las fronteras.

Es característica de todo mito la multiplicidad de manifestaciones. Tal sucede con el de Bolívar. Fechas como las de la Campaña del Magdalena, la Batalla de Boyacá, el atentado a su vida en Bogotá o su agonía en San Pedro Alejandrino están documentadas y son incontrovertibles. Aun así, sobre ellas hay todo tipo de interpretaciones, de acuerdo con las varias ideologías y los muchos intereses de partido o nación.

Los hechos de su vida privada son menos conocidos, menos factibles de ser probados por documentos. Sobre sus relaciones con Fanny de Villars en París o con Manuelita Sáenz en Quito y Bogotá hay testimonios de terceros, versiones interesadas o fantasiosas, que con frecuencia son contradictorias. Muchos otros temas han sido motivo de especulación: ¿Quién fue realmente María Teresa del Toro, su esposa por cortos años? ¿Tuvo hijos? ¿Cuáles fueron las enfermedades y los accidentes físicos que sufrió? ¿Cuántos y cuáles amores fugaces vivió? ¿Cuáles fueron sus odios? ¿Cómo concibió tal o cual estrategia? ¿Cuáles fueron sus lecturas preferidas y los autores que tuvieron influencia en sus decisiones de Estado? ¿Cuáles sus asesores, sus hombres de confianza? ¿Hasta dónde iba esa confianza? Las preguntas pueden multiplicarse y nunca tendremos las respuestas.

Por eso, sus admiradores siempre tenemos amplio espacio para crear la imagen que mejor nos conviene. Hay un Bolívar para cada generación. Muchos enarbolaron la bandera bolivariana durante las contiendas de los siglos XIX y XX; y, a veces, desde facciones en conflicto. Si consultamos los testimonios de quienes vivieron a su lado, hay una descripción distinta por cada embajador extranjero que lo visitó, por cada mujer que pasó por su lado, por cada uno de sus biógrafos y por cada político que lo cita como el modelo ideal.

Entre 1784 y 1830, fechas que delimitan el periplo de su vida, sucedieron tantas cosas, se escribieron tantos hechos, se registraron tantos testimonios, se llevaron a cabo tantas batallas, viajes, diálogos con personas influyentes, tantos hechos políticos, que el panorama no es

posible abordarlo en su totalidad. Por eso es necesario, al hablar de Bolívar, delimitar el espectro de lo que quiere tratarse.

La historiadora Ana Cecilia Ojeda en un libro reciente sobre Bolívar ha señalado como fechas “claves” los años de 1807 y 1822. Yo agregaría el de 1826, aclarando que con ellas no cubrimos la totalidad de su significado histórico.<sup>1</sup>

En 1807 subió al Monte Aventino —en Roma— en compañía de su maestro Simón Rodríguez. Venían recorriendo distintos países en un largo viaje que Rodríguez consideraba fundamental para completar la educación de su pupilo. Bolívar contaba con 22 años de edad. Había quedado viudo, era inmensamente rico, bien parecido, con contactos en España, Francia y otros países, con enorme entusiasmo y deseos de triunfar. Rodríguez, un poco mayor, y en su condición de maestro pobre, había sido su tutor en Caracas, y lo había acompañado a España en un primer viaje en 1798. Cuando Bolívar enviudó, buscó a Rodríguez. Quería sus consejos para reorientar su destino. En ese momento Bolívar habría podido dedicarse al comercio y a la administración de su riqueza, estudiar música, ciencias físicas o botánicas o fungir como cortesano en alguna de las cortes europeas de entonces. Vivió un tiempo en Viena, cuando esta ciudad era la capital del Imperio Austro-Húngaro y allí pudo conocer a Beethoven. Luego, en compañía de Rodríguez, pasaron por el sur de Francia y remontaron los Alpes en la región de Marengo, donde presencié el despliegue de las tropas de Napoleón. Quedó fascinado con la figura de ese emperador que estaba cambiando el rumbo de la historia. Siguieron por el norte de Italia. Podemos imaginarlos recorriendo viñedos en primavera, indagando en cada lugar sobre las particularidades, entrevistando personas ilustres, adquiriendo libros y discutiendo sobre botánica, zoología, razas humanas y manifestaciones culturales; sobre las lenguas y las religiones y sobre el concepto mismo de libertad. Hasta ese momento, Bolívar había sido un “diletante”, un *bon vivant*. Ahora necesitaba optar por una profesión. Así lo describo en mi libro *El insondable*. Cuando entraron en Roma ya tenía una decisión: su carrera no era otra que la de las armas y su destino el de libertar a su patria del yugo español;

---

<sup>1</sup> Ana Cecilia Ojeda Avellaneda, *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2002, pp. 77 a 79.

decisión que selló inmediatamente con un juramento. (Pero estos incidentes pertenecen más a la vida privada que a la pública, y sólo podemos comprenderlos por actos de la imaginación). Lo paradójico es que no tenía plena conciencia de qué significaba la palabra “patria”.

¿Se trataba de Caracas? ¿De los llanos de Aragua? ¿De unas pocas provincias sobre el Orinoco? Sin duda estas preguntas continuaron flotando en su mente. Sólo tuvo las respuestas después de 1820, al avanzar la campaña del sur: su patria iba desde el Orinoco hasta el Pacífico, desde Panamá hasta lo más alto de los Andes.

En 1822 Bolívar produjo uno de los documentos más curiosos de su vida. Me refiero al que lleva por título *Mi delirio sobre el Chimborazo*. Antes de analizar sus particularidades e importancia de este documento, demos una mirada a los eventos que sucedieron por aquellos meses. El 7 de abril tuvo lugar la Batalla de Bomboná —quizás la más sangrienta de aquella campaña— que le dio libertad al actual departamento de Nariño. El 24 de mayo, la de Pichincha, en la que Sucre venció a los españoles liberando también la provincia de Quito. El 16 de junio Bolívar conoció a Manuela Sáenz. Posiblemente el 5 de julio ascendió al Chimborazo y el 26 y 27 se entrevistó con el general San Martín, en Guayaquil.

Sobre tal entrevista cito las palabras de Bartolomé Mitre en la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud Americana*.

Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistemas diversos por sus medios, aunque no por sus fines. La una, la del sud, acaudillada por San Martín, representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidaridad, entregándoles sus propios destinos una vez liberadas. La otra, la del norte, representada por Bolívar, obedeciendo a la misma tendencia, respondía a un plan de absorción nacional, de grado o por fuerza, que dada su impulsión, pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado por la acción de las armas.<sup>2</sup>

Es importante recordar que la provincia de Guayaquil pertenecía a la Audiencia de Quito desde 1739. En 1821, la República de Colombia

---

<sup>2</sup> Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud Americana*. (1887-1890), Buenos Aires, Editorial Anaconda, 1950, pág. 63.

estaba integrada por la Capitanía de Venezuela, la Nueva Granada y la Presidencia de Quito. Pero por situaciones de coyuntura de la guerra, Guayaquil perteneció entre 1810 y 1819 al Virreinato del Perú. Con la independencia en 1820, Guayaquil buscó la protección tanto de San Martín como de Bolívar. En 1822, San Martín, en su condición de “Protector del Perú”, deseaba incorporar Guayaquil al Perú. Pero Bolívar se le anticipó, declarando que Guayaquil era “territorio colombiano”. Colombia, tal como estaba conformada, necesitaba ese puerto en el Pacífico y respondía al deseo de Bolívar de establecer un gobierno único de “mar a mar”. Con la anexión, Bolívar hizo de Colombia la primera potencia del continente. San Martín, por su parte, necesitaba de los recursos colombianos para concluir su labor. Pienso que Bolívar se los negó en esa entrevista a puerta cerrada, abrogándose la tarea de continuar sólo su marcha hacia el sur. La consecuencia inmediata fue que San Martín abandonó el escenario político y militar, dejándole a Bolívar el camino expedito. Diríamos que fue un “mano a mano” entre dos grandes y que triunfó el espíritu guerrero y organizador de Bolívar sobre el conciliador de San Martín.<sup>3</sup>

En pocos meses el horizonte de su vida había cambiando. Con las batallas de Bomboná y Pichincha ampliaba y consolidaba su concepto de “patria”. A Manuelita Sáenz ya la amaba y se sentía correspondido. Y la entrevista con San Martín le mostró su superioridad militar e histórica sobre cualquier otro líder del continente suramericano.

En 1822 Bolívar se encontraba, pues, imbuido de un espíritu triunfalista: enamorado de Manuelita, confiado en sí mismo por sus triunfos militares contra los españoles y su triunfo político contra San Martín y lleno de optimismo por la posibilidad de unificar bajo un solo mando todo el territorio del Orinoco a Los Andes.

Ese espíritu triunfalista se refleja en *Mi delirio sobre el Chimborazo*. Las circunstancias bajo las cuales lo escribió no son claras. Al visitar algunas guarniciones militares se acercó al imponente volcán del Chimborazo y no resistió la tentación de ascender por sus laderas. Sin duda no llegó a la cima. Hay que tener en cuenta que tiene más de seis

---

<sup>3</sup> Muchos historiadores han narrado estos hechos. Véase por ejemplo Victor W. von Hagen, *Las cuatro estaciones de Manuela*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980, pp. 22 a 67.

mil trescientos metros sobre el nivel del mar, y pertenece, con el Everest, al rango de los gigantes. En su época se consideraba el más alto del mundo. Sin embargo, pudo ascender un tramo, apreciar su dimensión y divisar un amplísimo territorio.

Según Serafín Martínez González, *et al*, quien ha rastreado en detalle los avatares de este texto, apareció impreso en 1833, es decir, once años después de su paso por esa región, en “El Apéndice del tomo XXI de la Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador”, preparado por Javier Yañes y Cristóbal Mendoza. Vicente Lecuna, por su parte, habla de una copia auténtica en poder de los descendientes del Coronel Vicente Aguirre en Quito.<sup>4</sup> Esa tardanza en conocerse y las pocas o ningunas referencias respecto de las circunstancias en que fue escrito, han arrojado dudas sobre la autenticidad. El texto pudo ser escrito por el Libertador. También pudo ser dictado a uno de sus amanuenses y luego ser retocado por un asesor. Pudo, inclusive, ser escrito semanas o meses después de aquellos hechos. En todo caso, se convirtió en fuente de inspiración y controversia de poetas e historiadores desde el momento en que se conoció. Es otro de los capítulos del mito de Bolívar.

El texto es de carácter poético y su extensión es de escasas tres páginas. Está escrito en primera persona, en estilo épico y está poblado de alegorías. Da cuenta de una visión sobrenatural. Pasa revista a los triunfos militares y al tamaño de su misión. No invoca al Dios de los cristianos sino a los dioses paganos de América y a los adalides del progreso científico. Comienza con las siguientes frases: “Yo venía envuelto en el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las Aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Huboldt, seguías audaz, nada me detuvo”.

A continuación usa palabras grandilocuentes como “Eternidad”, “Los Andes”, “Colombia”, “El Chimborazo”. Y continúa:

“Un delirio febril embargaba mi mente; me sentía como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía...”.

Luego aparece un “fantasma eterno”:

---

<sup>4</sup> Serafín Martínez González, Ana Cecilia Ojeda Avellaneda, Judit Nieto López, *Mi delirio sobre el Chimborazo, el texto en la cultura*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2005, pág. 77.

Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y el secreto, mi madre fue la Eternidad... me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones oficiales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia y en tu rostro leo la Historia de los pasados y los pensamientos del Destino...

Invoca el concepto central de su empresa: “El tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad”.

Y termina con la siguiente invocación: “En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorpore, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio”.<sup>5</sup>

En la base de toda cultura está la épica, como aquel género literario que recoge las creencias fundamentales en forma de cantos. La *Iliada* y la *Odisea* le dan cuerpo a lo más esencial de la cultura griega y, por extensión, a la de Occidente. La *Eneida* se lo da al Imperio Romano. La *Araucana* a la cultura y la historia de Chile. En ellos casi siempre hay un viaje iniciático. Bolívar no desciende a las profundidades de la tierra en busca de inspiración sino que asciende a la montaña más alta. Allí están las deidades de la mayor jerarquía: el Orinoco, los Andes, el Chimborazo y la América. Pero, sorpresivamente, menciona a la Condamine y Humboldt, con lo cual, el texto pierde su aire legendario y épico y adquiere uno moderno e ilustrado.

Tal es la posición historicista de Bolívar. Era consciente de la misión que llevaba a cabo. La lucha por la independencia no era un favor divino ni un accidente en las relaciones entre España y América, sino un hecho plenamente inmerso en la Historia, sujeto a determinantes económicos, sociales, culturales de largo plazo y con un significado temporal y geográfico. Aunque la palabra “misión” tenga una connotación trascendental, aunque signifique más que una simple tarea, más que una aventura o un proyecto o un propósito personal, en este caso el héroe la lleva a cabo porque el pueblo se lo solicita, y con objetivos específicos. Está convencido de su éxito y está dispuesto a cualquier sacrificio, aún el de su propia vida.

---

<sup>5</sup> Cito por Serafín Martínez González, *ibid.*, pp. 5-7.



Pasemos a 1826. En ese año, Bolívar terminaba la Campaña del Sur. Era el caudillo de cinco naciones y necesitaba consolidarlas bajo un solo objetivo y un solo sistema. Redactando la Constitución de Bolivia pensó en la presidencia vitalicia e, inclusive, en la dictadura. Su pensamiento se había configurado bajo el influjo de ciertas circunstancias y ciertas tesis rouseaunianas y ya estaba convencido de que ese sistema de gobierno era el único que les garantizaba la unidad a los pueblos.

¿Cuáles eran esas circunstancias?

Las monarquías europeas se organizaban en una “Santa Alianza” para defender y perpetuar el sistema monárquico. El inspirador de tal proyecto era el Conde de Metternich, enemigo mortal del liberalismo, quien, desde el Congreso de Viena de 1815, sustentaba la tesis de que cualquier país podía ser invadido si no respetaba la sagrada tradición de la monarquía absoluta. En esa confrontación, que podía tener escala mundial, Bolívar era el único caudillo capaz de unificar esfuerzos contra las monarquías. Algunos países así se lo solicitaban: de la Argentina recibía invitaciones para que entrara en Buenos Aires a la cabeza de un ejército continental defensor del sistema republicano. Pero su decisión fue sorprendente: dio por concluida la Campaña del Sur y regresó a Bogotá.

¿Qué había sucedido?

De nuevo, su vida privada tenía consecuencias políticas. Su salud flaqueaba; en Pativilca acababa tener un episodio grave de fiebres que lo tuvieron al borde de la muerte, se sentía cansado, le faltaban fuerzas para continuar hacia la Pampa.

Las cosas se complicaron cuando regresó a Bogotá: fue acusado de tirano y sus enemigos atentaron contra su vida, impulsándolo hacia un doloroso final en San Pedro Alejandrino.

### **Andrés Bello, el educador de América**

Pasemos ahora a la figura de Bello, quien ha sido llamado con toda justicia el Educador de América.

Dice don Rafael Torres Quintero que la lección de Bello es el humanismo integral, y se pregunta: ¿Qué ciudadano culto de América no ha sido discípulo de Bello y pregonero de su grandeza? Agrega:

No obstante su ingerencia en los asuntos diplomáticos y su dinamismo como agente de gobiernos que acababan de crearse en condiciones precarias, no obstante la fiebre de saber de su primera juventud y la absorbente labor periodística en Londres, lo que lo engrandece a los ojos del mundo es su obra humanística y lo que le merece la veneración y el cariño de América es su labor incansable de maestro.

Explica Torres que en la existencia de Bello hubo un drama patético que le dio sentido a su misión histórica: su lucha por fundar una cultura auténtica y americana.<sup>6</sup>

Había estudiado gramática y latinidad con el sacerdote mercedario Fray Cristóbal de Quesada, había adelantado estudios de latín en el seminario de Santa Rosa, cursado tres años de filosofía en la Real y Pontificia Universidad y había alcanzado el grado de Bachiller. La relación con Bolívar venía desde la niñez. Fueron vecinos en Caracas y en más de una ocasión Bello se desempeñó como maestro del futuro Libertador. Pero desde edad temprana optaron por caminos diferentes. Cuando Bolívar estaba en Roma con su maestro Rodríguez en 1807 jurando por la libertad de América, Bello permanecía en Caracas desempeñando cargos oficiales al servicio de la corona española (Oficial Segundo en la Secretaría de la Capitanía de Caracas). Cuando se instauró en Caracas un gobierno revolucionario como consecuencia del frustrado desembarco de Francisco Miranda, se nombró una misión diplomática con el objeto de buscar el apoyo del gobierno de Inglaterra. Fue presidida por Simón Bolívar y sirvieron de acompañantes Andrés Bello y López Méndez. Ya en Londres pronto comprendieron que el objeto de la misión no iba a lograrse en forma inmediata. Bolívar regresó a Caracas y dejó a Bello y a López Méndez para que sirvieran de contacto entre los revolucionarios y el gobierno inglés.

Bello se casó con una dama inglesa y tuvieron varios hijos. Fueron años amargos, de soledad y pobreza. A veces recibió ayudas de amigos y compatriotas, sobrevivió con trabajos menores y, sobre todo, pasó

---

<sup>6</sup> Rafael Torres Quintero, Introducción, *Bello en Colombia, estudio y selección de Rafael Torres Quintero*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981, p. XLIV.

interminables horas en la biblioteca que Francisco Miranda había dejado en Londres y en la del Museo Británico.

En aquellos años de destierro y soledad adquirió un conocimiento avanzado del inglés, el francés y del griego y llevó a cabo el primer esbozo de un estudio sobre el Cantar del Mio Cid, a partir del cual Bello comprendería la riqueza y variedad del idioma Castellano. Este trabajo le marcó, sin duda, el derrotero que debía seguir para la composición de la portentosa *Gramática de la Lengua Castellana*. Son también de la época de su residencia en Londres dos de los poemas fundadores de la literatura republicana de la América Latina: el poema “Alocución a la poesía” (1824) publicado en el periódico *La Biblioteca Americana* y la “Silva a la agricultura de la zona tórrida” (1826) en el *Repertorio Americano*. En estos periódicos publicó, además, importantes textos de filosofía, política, derecho de gentes y gramática.

Bello permanecía en Londres cuando Bolívar realizaba la campaña del Sur y ascendía al Chimborazo, pero cada vez sentía más la necesidad de regresar. Esto lo supo Bolívar y le aconsejó radicarse en Bogotá. En una carta a Fernández Madrid le dice: “Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia; y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga, y se le dará un buen destino”. Por desgracia para Colombia, la invitación llegó tarde. Bello se embarcó para Chile en 1829; allí pasaría el resto de su vida.

Publicó la *Gramática de la Lengua Castellana* en Santiago en 1847. Esta obra, sin duda, tiene para América una importancia comparable a la que tuvo la gramática del mismo nombre de Antonio de Nebrija en 1492 en España. En ese año, que fue el mismo del primer viaje de Colón, Nebrija le mostró al imperio naciente que ya contaba con un idioma maduro, independiente del latín medieval, y superior al dialecto medieval castellano. Era, en realidad, la más sólida base de unidad y el vínculo más efectivo para la comunicación, compañero sin par de las grandes empresas que se avecinaban. De igual forma, la gramática de Bello le dio a las nuevas naciones de América el instrumento más efectivo para la formación de las instituciones jurídicas y la determinación de las varias culturas del continente.

Bello había estudiado, como dije, el origen y la evolución del idioma

en el Cantar del Mio Cid, y también en los clásicos del Siglo de Oro, en especial Garcilaso y Cervantes. Conocía, pues, la historia del idioma. Comprendía también que el Castellano había evolucionado en América desde la Conquista, cuando se adaptó para reflejar las realidades del Nuevo Mundo y que la Independencia traía ahora nuevas evoluciones. Pero, aún más importante, intuía que el idioma en América tenía un papel central en el futuro del continente y su lugar en el concierto mundial.

Creía que el idioma era un organismo vivo, no un conjunto de normas heredadas de la madre patria. Un organismo a partir del cual era posible vislumbrar un futuro halagüeño. Tal convicción se refleja plenamente en su *Gramática*.

No podemos dejar de mencionar otras obras de primera magnitud, como la traducción temprana del *Ensayo acerca del entendimiento humano* de Locke. Según palabras del historiador Gilberto Loaiza Cano en su magistral biografía sobre Manuel Ancízar,

Bello tuvo el honor de aclimatar en América Latina la tradición europea de la filosofía del conocimiento [...] para quienes estaban próximos a asumir la dirección de las jóvenes sociedades de la post-independencia, era urgente adoptar una posición filosófica que legitimara su existencia y su preponderancia políticas. Las filosofías del entendimiento contribuyeron a satisfacer una función ancilar. A ellas se recurría para legitimar nociones de soberanía, de representabilidad política, de dominio social.<sup>7</sup>

Habría que mencionar también el Código Civil de Chile. Fue precisamente Manuel Ancízar, liberal radical, intelectual y político quien, según palabras del mismo Loaiza, logró que se aprobara en el Congreso de Colombia lo que llamó “la edición colombiana del código civil chileno” redactada por Bello. Ancízar estaba convencido de que para extirpar “las últimas raíces del elemento bárbaro” en Colombia, la civilidad que respiraba el código de Bello iba a ser la mejor aliada.<sup>8</sup>

Para finalizar quisiera leer unos versos de la *Alocución a la Poesía* en los que resuenan el rastro de sangre que siempre ha dejado la historia de nuestro país y que según siento, siguen teniendo plena vigencia:

---

<sup>7</sup> Gilberto Loaiza Cano, *Manuel Ancízar y su época, biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2004, p. 80.

<sup>8</sup> Gilberto Loaiza Cano, *ibid.*, pág. 338.

Divina poesía,  
Tú de la soledad habitadora,  
Con el silencio de la selva umbría,  
Tú a quien la verde gruta fue morada,  
Y el eco de los montes compañía;  
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
Que tu nativa rustiquez desama,  
Y dirijas el vuelo a donde te abre  
El mundo de Colón su grande escena.  
También propicio allí respeta el cielo  
La siempre verde rama  
Con que al valor coronas:  
También allí la florecida vega,  
El bosque enmarañado, el sesgo río,  
Colores mil a tus pinceles brindan,  
Y céfiro revuela entre las rosas;  
Y fúlgidas estrellas  
Tachonan la carroza de la noche,  
Y el rey del cielo entre cortinas bellas  
De nacaradas nubes se levanta;  
Y la avecilla en no aprendidos tonos  
Con dulce pico endechas de amor canta.

...

¡Colombia! ¿Qué montaña, qué ribera,  
Que playa inhospital, donde antes solo  
Por el furor se vio de la pantera  
O del caimán, el suelo en sangre tinto;  
Cuál selva tan oscura en tu recinto,  
Cuál queda ya tan solitaria cima,  
Que horror no ponga y grima,  
De humanas osamentas hoy sembrada,  
Feo padrón del sanguinario instinto  
Que también contra el hombre al hombre anima?  
¡Tu libertad cuán caro  
Compraste! ¡Cuánta sangre derramada!  
¡Cuánta familia en triste desamparo!

## Bibliografía

- Altuna, Elena, *En torno a Bolívar: imágenes, imágenes*, Compiladoras, Alicia Chibán y Elena Altuna Salta, Argentina, Universidad Nacional de Salta, 1999.
- Caro, Miguel Antonio, *Escritos sobre don Andrés Bello*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981.
- , *Notas a la Ortología Métrica de don Andrés Bello*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1980.
- Cuervo, Rufino José, *Notas a la Gramática de la Lengua Castellana de don Andrés Bello*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981.
- Fals Borda, Orlando, *Historia doble de la Costa 2, el Presidente Nieto*, Bogotá, Segunda Edición, Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores, 2002.
- Hagen, Victor W. von, *Las cuatro estaciones de Manuela*, Bogotá, Carlos Valencia editores, 1980.
- Martínez González, Serafín, Ana Cecilia Ojeda Avellaneda y Judit Nieto Pérez, *Mi delirio sobre el Chimborazo, el texto en la cultura*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2005.
- Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud Americana*. (1887-1890), Buenos Aires, Editorial Anaconda, 1950.
- Murillo, Fernando, *Andrés Bello*, Madrid, Ediciones Quórum, 1987.
- Ojeda Avellaneda, Ana Cecilia, *El mito Bolivariano en la literatura latinoamericana*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2002.
- Pineda Botero, Álvaro, *El insondable, una visión de la vida de Bolívar*, Primera edición, Bogotá, Planeta, 1997, Segunda edición, Medellín, Universidad Eafit, 2004.
- Torres Quintero, Rafael: “Bello y Colombia”, *Obras, Tomo I, Filología*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1999, pág. 49.
- Introducción a *Bello en Colombia, estudio y selección de Rafael Torres Quintero*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981, p. XLIV.

**Álvaro Pineda Botero**

Nació en Medellín, el 11 de febrero de 1942. Escritor colombiano, crítico literario e investigador. Director del Taller de Escritores, Universidad Eafit. Premio Nacional de Novela 1983 (Oveja Negra, Universidad de Nariño). Jurado de concursos literarios. Ph.D. en Literatura, SUNY at Stony Brook, 1985. Finalista concurso de novela Plaza y Janés 1985, por la novela *Gallinazos en la baranda*. Como novelista ha publicado: *El insondable*, *Díptico de Nueva York*, *Gallinazos en la baranda* y *El diálogo imposible*.

**Recibido en:** 05/10/2006

**Aprobado en:** 08/11/2006